

Global Life Campaign

GLC Series A: True Story #9: Amparito Espinoza (Ecuador)

2019-08-08

True Stories es una serie de historias que dan vida e inspiran, sobre personas involucradas o afectadas por el aborto, o que fueron concebidas en una violación, como Amparito, que ha sufrido mucho en su vida, pero tiene una bellísima historia de redención que contar. Esta es su historia en sus propias palabras.

Quisiera compartir con ustedes algo de mi vida no para que tengan lástima sino para que puedan compartir un poco de quien soy y porque vale la pena vivir, pese a las circunstancias difíciles.



Mi nombre es Amparo Espinoza tengo 49 años y soy Afro descendiente, nací en una pequeña ciudad llamada Milagros de la costa ecuatoriana. Desde que tenía 7 años vinimos a vivir en Quito en busca de trabajo y a los 13 años de edad nos asentamos en Pisullí que fue una invasión de tierra y que ahora es un barrio urbano marginal del Noroccidente de Quito. Durante los primeros años de Pisullí no teníamos agua potable, alcantarillado, ni luz eléctrica. Sin embargo todos nos conocíamos. Pisullí fue creciendo, asomaban las primeras casas de bloques y la escuela para los niños con un grupo de jóvenes revolucionarios que hacían las veces de maestros. Mientras la cooperativa crecía llegaban personas de casi todas las provincias del Ecuador con un gran deseo de ser felices, pero al mismo tiempo llegaban las dificultades con el alcohol, las drogas y la delincuencia.

El Señor me dio el don de saber escuchar, y a través de este don acompañar a mi familia, a mi comunidad, a través del trabajo que tuve la oportunidad de realizar en una organización social, pude darme cuenta lo que responde a las exigencias del corazón.

Mi nacimiento. Mi madre fue víctima abuso sexual a los 15 años por la pareja de su madre. Después de esconder su embarazo por casi 7 meses, a los 16 años estaba dando a luz a una niña prematura. Ella nunca quiso abortar pero tampoco se sentía capaz de criar a una niña que se veía indefensa y débil, por ese motivo mi abuelita acepto criarme. Mi abuelita seguro sentía dolor y rabia contra aquel hombre que abusó de su hija pero el miedo a la violencia de la cual ella mismo era víctima no le permitía reaccionar contra el abuso.

Sin embargo decidió acogerme como a su propia hija, admirablemente nunca vi en ella una mirada de rechazo, más bien un amor sin límites como si fuera mi verdadera madre y me enseñó a salir adelante. Ahora entiendo que desde entonces ya Cristo me preservó, mi abuelita me enseñó a trabajar, no porque me decía cosas del trabajo si no que viéndola levantarse cada mañana con gran alegría para ir a trabajar para traer el pan de cada día a sus hijos y nietos, me educó en la fe no porque decía hay que ir a misa o tienes que rezar si no por el domingo me pedía acompañarla a misa a la iglesia de San Francisco, ponerse de rodillas frente a la imagen de Jesús del gran poder y pedirle por cada uno de nosotros con amor. Mi abuelita era una mujer siempre firme y cariñosa. Ella partió al cielo 16 de junio 1998.

Ese dolor me hizo sentir sola porque la muerte volvía a separarme de alguien que yo amaba. La primera vez fue al perder a mi primera hija Estefanía, quien falleció cuando tenía un año y cuatro meses, murió de muerte blanca o súbita. Al poco tiempo volví a quedarme nuevamente embarazada, estando de casi 7 meses de gestación su padre me abandono y se casó con otra persona dejándome sola. Quise matarme pero me detuvo el pensar que estando embarazada mataría también al bebé y no podía tomar una vida ajena; puedo decir que la bebé salvó mi vida. Pero el Señor nunca nos abandona, se hizo presente también a través de mi abuelita que siempre estuvo a mi lado sosteniéndome. Mi segunda hija Amanda ahora tiene 25 años. Es por esas pérdidas que el sentimiento de separación de un ser querido marca tanto mi corazón.

Después de algunos años creí nuevamente en las palabras del padre de mis hijas y me quedé embarazada de mi tercer hijo Anthony cuando Amanda tenía cinco años. El padre de mis hijos volvió a dejarme cuando yo tenía ocho meses de embarazo y esta vez sin la presencia de mi abuelita porque cuando me faltaba una semana para dar luz ella partió al cielo. Ahora estaba sola con una hija que tenía que ingresar al primero año de educación básica y un hijo por nacer. ¿Quién me ayudaría? Parecía que me encontraba en un callejón sin salida sin tener ni siquiera para comer.

Empecé a buscar una escuela donde mi pequeña empezaría su educación, como toda madre quería una educación digna en donde no solo le den una educación pedagógica si no educación católica donde la eduquen en la fe con bases para la vida, y así conocí a las Hermanas de Sagrado Costado, que poco a poco empezaron a ser la mano que me sostenía. Cuando Amanda estaba en tercero año de básica yo empecé a dar clases de danza en la escuela y de esa forma ayudar un poco para que se conozca nuestra música.

En febrero del 2003 mi hijo Anthony empezó con problema de hipertensión pulmonar severa y desde el momento que ingresó al hospital la cardióloga que le revisó, dijo que mi hijo no viviría. En mi cabeza no me cabía que aquel hijo barón que siempre había deseado tener moría sin que yo pudiera hacer nada. Yo no podía creer que Dios me ponía otras veces frente a la muerte. El 10 de diciembre del 2003 Anthony partió al cielo esto causó una herida y un vacío en mi corazón que nunca se llenaría; quien ha perdido a un ser amado sabe de lo que estoy hablando.

Durante la enfermedad de Anthony y después del fallecimiento de mi pequeño fueron las Hermanas del Sagrado Costado las que sostenían mi mano, en especial una de ellas la hermana Anna que poco a poco empezó a ser y es una gran amiga, fue también como una madre para mí. Aferrándome a esta amistad para no hundirme en un agujero sin fondo, un día que ya estaba dispuesta a enojarme con Dios, lloré como nunca, grité, no quería vivir, estaba cansada de perder las personas que amo, no quería ver a nadie y le pedí a mi hermana quedarse con mi hija Amanda. Yo quería estar sola después de tanto llorar me quede dormida, me desperté y le dije a Dios: ¿qué quieres de mí? ¿Por qué te llevaste a mi hijo? sé que mi vida y la de mis hijos te pertenece, ponme donde tú quieras, haz de mi lo que quieras, de alguna extraña manera sabía que Él se fijó en mi nada.

Al día siguiente recibí una llamada de la hermana Anna y acudí al llamado aunque no tenía fuerzas ni siquiera de levantarme de la cama y me dijo que tenía un trabajo perfecto para mí con una mujer italiana, y fue así como conocí a una persona que tenía la mirada más limpia que había visto. Empecé a trabajar con ella en una organización social en el barrio de Pisullí, y poco a poco mientras recorría la comunidad, empecé a salir de mi propio dolor para empezar a mirar la realidad y la vida con sus tristezas y alegrías, comencé a acompañar a las familias del barrio e iba despertando en mí las ganas de retomar los estudios, terminé el colegio, aprendí a usar la computadora.

Nada de esto sería posible si alguien no me hubiera mirado diferente sacando de mí todo lo bueno que llevaba adentro, empecé hacer parte de una realidad que fue generando en mí un cambio, una mirada que siempre está en nuestras vidas. Solo hay que permitirle entrar, dejar que Él actué como alfarero que tiene los ojos siempre sobre sus obras, trabajando el barro moldeando y cuidando los detalles para que ninguno se pierda por pequeña que sea su obra. Así en esta compañía de las familias y colegas de trabajo, en una obra que se ocupa verdaderamente de las personas, uno puede comprender que siempre es un nuevo comenzar, con su Amor infinito.

Todo lo que he visto acontecer en Pisullí en estos años, en mi persona, mi familia, mi comunidad es un signo de esperanza para todos, porque gracias a personas que le dicen sí a Jesús esto pudo pasar.

Después de la visita del Papa Francisco a Ecuador en el 2015 -en agosto del mismo año- luego de 23 años sin ver a mi padre, lo fui a buscar. No podía seguir con aquel dolor que sentía hacia él. Había sentido por mucho tiempo ira por todo el daño que le ocasionó a mi madre, por haber abusado de una chica de 16 años y dejarla embarazada. Pero después de escuchar al Santo Padre algo cambio en mí y dio paso en mi corazón un perdón que gritaba salir. Entendí que no podía seguir sin mirar a mi padre: ¿quién soy para juzgar a aquel hombre? Luego de buscarlo durante dos días lo encontré y lo único que quería era abrazarlo y dar gracias a Dios por el don de la vida. Ahora tenemos una comunicación de padre e hija.

Hace dos años regrese con el padre de mis hijos y desde hace un año y medio estamos casados civil, y hace 7 meses con la gracia de Dios también por la Iglesia.

Cuando hay alguien que a uno le ayuda a descubrir la propia humanidad podemos salir adelante. Mi abuelita, las hermanas del Sagrado Costado, Stefy (de Italia), Anthony son para mí los ángeles que Él ha puesto para curar mis llagas y me han enseñado a volar sin dudar, trayéndome una nueva palabra, una nueva esperanza y la oportunidad de ser mirada, acogida y amada como soy; poder llevar esperanza que aunque parezca que no hay más camino, hay un camino y se llama Jesús. Yo pido poder servir a Aquel que ha servido mi vida y ha tomado mi nada para hacer ver al mundo que Él está.

Amparito Espinosa.

Thomas W. Jacobson, Executive Director, Global Life Campaign

www.GlobalLifeCampaign.com

info@GlobalLifeCampaign.com

“Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. . . . Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:28-30, 37-39).